

mejor que el pueblo y que las mujeres! ¿Sois más sábios que Leibnitz y Descartes, que Newton y Fenelon, que Bossuet y que Balmes? Ellos, pues, pusieron su gloria en creer, en adorar, en mostrarse religiosos, y, los que entre ellos eran católicos, en recibir la Sagrada Comunión.

Esa indiferencia hácia la religion en general, y hácia la Sagrada Eucaristía en particular, nace además de la avaricia, de la sed de dinero que devora á todas las clases de la sociedad. En otro tiempo, mientras Moisés recibia de la mano de Dios las tablas de la Ley, que debia enseñar al pueblo como alianza que con él hacia el Señor, el pueblo, al pié del monte, se fabricó un becerro de oro y le rindió adoracion (1). Esto mismo sucede entre nosotros. El oro es el ídolo de nuestra sociedad; la sed de oro es el móvil de las acciones humanas. Un autor ha dicho que el Evangelio de nuestro siglo es un libro de cuentas; el templo, una fábrica ó una casa de negociacion; el altar, un mostrador; Dios, el dinero. Dominado el hombre por esta pasion, gastando sus fuerzas, su salud y su inteligencia de día y de noche, en el cálculo y el afanoso trabajo con que pretende y espera hacerse rico, no piensa en Dios, no se ocupa de su alma; y aun cuando oiga la voz que le llama, aun cuando reciba esquela de convite para la boda del Rey del cielo, aun cuando vea el templo y en él á Jesucristo, que le espera y lo convida, no se detiene, no se ocupa de él. Esto, dice con los convidados de la parábola, es bueno para los que viven ociosos: yo conozco que es bueno tener religion, conozco que es buena la Comunión; pero el trabajo me llama, los negocios me apremian, mi interés está en otra parte: ruego, Señor, que me tengas por escusado; he de

(1) Exod. XXXII.

comprar una casa, he de visitar una viña que he adquirido, he de dar movimiento á mis negocios, he de calcular y combinar mis especulaciones: *Rogo te, habe me excusatum* (1).

Segunda causa de alejamiento de la Sagrada Eucaristía; segundo obstáculo á la realizacion de los designios de Dios por este medio sublime de restauracion del mundo. ¿Cómo ha de obrar Jesucristo en los que huyen de él? ¿Cómo ha de obrar en los que, calculando hacer una mezquina ganancia, exclaman: Disminúyanse las fiestas; hagamos cesar los dias festivos de Dios sobre la tierra (2); anulemos esos dias en que el hombre, levantando los ojos al cielo, recuerda que allí está su Padre, y que aquella es su pátria? Reduzcamos al hombre á una máquina de producir riquezas, aun cuando su corazon no sea jamás una oficina de virtudes. En la clase obrera, apenas el niño tiene fuerza para la menor fatiga, ya se le sujeta al trabajo, se le esclaviza, se hace de él una bestia de carga, una máquina, atendiendo solo á que produzca riqueza, prescindiendo de enseñarle que hay un Dios; y ni sabe que es cristiano, ni aprende á conocer ni á amar á Jesucristo, á pesar de que los niños fueron y son siempre el objeto especial de la ternura del Salvador. Dejad, decia, dejad que se acerquen á mí los niños, para llenarlos de mi espíritu, para darles mi bendicion (5). El mundo se los roba, los arrastra lejos de él, y engendrando en su corazon por única pasion la del dinero por el trabajo, los sujeta á las privaciones de este, sin darles el consuelo de la esperanza y de la fe. ¡Cuántos llegan á la edad madura sin saber que Jesucristo está

(1) Luc. XIV, 19.

(2) Psalm. LXXIII, 8.

(3) Matth. XIX, 14.

dia y noche en el tabernáculo, diciendo: «Venid los que estais cansados y oprimidos, y os aliviare (1),» y ofreciéndoles en la sagrada Comunion el consuelo, la resignacion y la esperanza! ¿Y extrañaremos que esos niños, hechos hombres, sean criminales, y que un dia, cansados de trabajar y de ver que, mientras ellos se consumen, otros se engrandecen con el producto de sus sudores, faltos de educacion para comprender el valor del génio y del talento, y mucho más faltos de religion que modere y contenga sus pasiones y naturales instintos; extrañaremos, repito, que aborrezcan á los que no se les enseñó á mirar como hermanos y miran como opresores, y los maldigan, y levantando contra ellos un brazo de hierro, instrumento de un corazon de roca, le dejen caer con el furor de la desesperacion, y magullen y tronchen y desmenucen cuanto se les opondrá?

Pasemos á la tercera fuente de indiferencia y de alejamiento: es la sensualidad. El goce del sentido, el placer; hé ahí el término á que el hombre del mundo dirige todos sus pasos. ¿Qué vemos en la sociedad de nuestros dias sino sensualismo? Los adelantos de las artes, los progresos de la industria en todos sus ramos, las conquistas de la razon, ¿se dirijen á elevar al hombre sobre la tierra, á ennoblecerle con la virtud, á acercarle al cielo, á hacerle imágen perfecta del Hombre-Dios, modelo de la humanidad? Vosotros lo sabeis: todo se hace concurrir al refinamiento del sensualismo; todo es instrumento para dar á la carne el triunfo sobre el espíritu. Y en verdad que se consigue el objeto. La sensualidad lo domina todo; y rebajando al hombre á la vida del sentido, acostumbándole desde sus primeros años á no gozar sino en

(1) Matth. XI, 28.

lo que halaga las pasiones, en lo que satisface la vanidad, en lo que llena de ilusiones la imaginacion y agita la sangre, pone una barrera insuperable entre el hombre y Dios. San Pablo lo dice: «El hombre animal no percibe las cosas del espíritu (1);» su entendimiento se cubre de tinieblas; la luz de la fe no llega á él; el amor de Dios no hiere su corazon. El sensual necesita salir de sí mismo, agitarse, embriagarse para gozar; y por ello nada siente hácia Dios, que no está en la conmocion y el tumulto (2); nada hácia Jesucristo, que es Príncipe de paz (3); nada hácia la Sagrada Eucaristía, que no afecta al sentido ni obra sobre el corazon en quien domina la tempestad de los apetitos carnales (4).

Dios, Jesucristo, la Eucaristía, exigen del hombre el sacrificio, la abnegacion, la muerte de la sensualidad para obrar su renovacion, y esto se resiste soberanamente al corazon sensual. Prefiere renunciar á Dios, prefiere hacer alarde de no temerle ni amarle, antes que someterse; prefiere persuadirse á sí mismo que no tiene alma, que todo acaba en la tumba, que es una bestia, antes que dejar los goces de bestia para sentir los de Dios. *Homo cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis* (5). Cierra sus oidos á la voz de Dios, al llamamiento de Jesucristo; y pretextando su desposorio con la carne y la materia, desprecia el convite del Salvador del mundo: *Uxorem duxi, et ideo non possum venire* (6). Estos son,

(1) I Corinth. II, 14.

(2) III Reg. XIX, 11.

(3) Isai. VIII, 6.

(4) Sap. I, 4, 5.

(5) Psalm. XLVIII, 13.

(6) Luc. XIV, 20.

dice San Agustín (1), los que, según el Apóstol, no tienen sino esta máxima: Comamos, bebamos y gocemos hoy, que mañana moriremos (2). ¡Cuán cierto es, que cuando el hombre llega á lo profundo del mal, todo lo desprecia (3). Y es, Señores, que, como dice Isaías, Dios, en castigo de la sensualidad, infunde en el cáliz de sus placeres un espíritu de sopor (4). Dios castiga al sensual, como castigaban los antiguos á los homicidas: ataban su cuerpo al cadáver de su víctima. Así Dios ata al sensual con la corrupcion; y el vapor deletéreo del pecado adormece al hombre, y castiga con un sopor voluntario la inteligencia y el corazón. Desde entonces, ni oye la voz de lo alto, ni siente el remordimiento. Hé aquí por qué para tantos es inútil la religion, inútil el alma de ella, la sagrada Eucaristía.

Tal vez, Señores, en esta descripción encontrareis el retrato de muchos á quienes conocéis: acaso algunos, muchos quizá de vosotros mismos, os reconocereis diseñados. ¿Sabeis lo que es en sí misma esa indiferencia? En lo que se refiere al conocimiento general de la religion, es un desorden, una violación de las leyes mismas de la naturaleza del hombre. En él hay siempre una pasión que le devora, que le atormenta con una inquietud sublime, y le hace elevarse al cielo y descender al

(1) Tertius dixit: *Uxorem duxi*. Ista est voluptas carnis, quæ multos impedit: utinam foris et non intus. Sunt homines qui dicunt: non est homini bene, nisi cui adsunt carnis deliciae. Ipsi sunt quos notat Apostolus, dicentes: *manducemus et bibamus, cras enim moriemur.... Qui hoc dicit, uxorem duxit, carnem amplexatur, carnis voluptatibus jucundatur, à cæna excusatur; observet ne fame interiori moriatur.* (S. Aug., Serm. 33 de verb. Dom.)

(2) I Corinth. XV, 32.

(3) Prov. XVIII, 3.

(4) Isai. XXIX, 10.

fondo de la tierra, estudiar la magnífica y misteriosa armonía de los astros, y la maravillosa vida del insecto y de la planta, examinar lo presente y revolver las ruinas de lo pasado, y dirigir atrevida mirada al oscuro porvenir. Esta pasión celestial es el deseo de saber, el amor de la verdad; y esta pasión, este deseo tan vehemente é imperioso, no es sino la acción de la naturaleza que lleva á la criatura hácia su Criador; no es sino la acción de la criatura, que siente la necesidad de buscar su principio; no es sino una ley solemnemente intimada al hombre, de conocer á su Autor, su destino y su eternidad. El indiferente, pues, viola esa ley de su inteligencia y de su corazón; y renunciando á su fin esencial, por el mero hecho de negarse á conocerle, desordena todo su ser.

Si la considerais en lo que se refiere á la Religion práctica, y especialmente á su centro y alma, que es la Sagrada Eucaristía, la conducta del indiferentista importa en sí un desprecio de Dios que se acerca al hombre. El Señor dice por boca del Profeta: *Filios enutrivit et exaltavit; illi autem spreverunt me* (1). Es una ingratitud hácia el dador, y hácia el don mismo de un Dios hecho alimento del hombre, para que viva de su propia vida. Es, en fin, una idolatría. El Profeta lo dice también en nombre de Dios: dos males ha hecho mi pueblo: me ha dejado á mí, que soy fuente de aguas vivas, y ha cavado para sí cisternas disipadas ó abiertas, que no pueden contener las aguas (2). La idolatría, según San Pablo, no consiste en la adoración de esta ó la otra divinidad; consiste en la pasión á que el hombre consagra su corazón, como á su principio y fin. La sensualidad, dice, es

(1) Isai. I, 2.

(2) Jerem. II, 13.

una idolatría: el vientre, el cuerpo, los sentidos, hé aquí el ídolo, el Dios del sensual (1). La avaricia es una idolatría; el oro es el Dios del avaro (2). Los que desprecian la Sagrada Eucaristía, tienen esta enfermedad; todos son idólatras. Vedlos de cerca: esa sed de oro, esa sed de placeres, de goces materiales; esa hambre del poder, ese deseo inmoderado de los primeros puestos; esa vida toda material, de negocios, de intrigas, de espectáculos en que el hombre se sumerge todo entero, haciendo de ello su principio y su fin, y el único objeto de su existencia, ¿qué es sino una idolatría? De los antiguos paganos se dijo: todo para ellos era Dios, menos Dios. ¿No puede decirse lo mismo de los modernos idólatras?

¿Cuáles son los efectos de esta indiferencia, de este desprecio? Son espantosos, hermanos míos, en orden al individuo y en orden á la sociedad. En el primero, la muerte del alma. La vida del alma es la verdad; el que desprecia la fe y no quiere alimentarse de ella, se sumerge en el error, en la duda, en la negación: arrastra una existencia de acaso; se materializa. La vida del alma es el amor: el que no vive del amor esencial, está muerto (3); su nombre, dice el Profeta (4), se escribe en la tierra, y su vida pasa como un sueño; nada de nobleza en sus sentimientos, nada divino en sus aspiraciones; todo en él es miseria, todo tierra, todo muerte del alma. La vida del alma es Dios, que es su principio y su fin: el que desprecia á Dios y se muestra indiferente hácia el augusto Sacramento donde se comunica al hombre, no puede tener vida. Si no comiéreis la carne del Hijo del

(1) Philip. III, 19.

(2) Ephes. V, 5.

(3) I Joann. III, 14.

(4) Jerem. XVII, 13.

hombre, dijo Jesucristo, no tendreis vida en vosotros, no tendreis vida espiritual en el tiempo, no tendreis vida en la eternidad (1). Os juro, dijo el Rey, que de aquellos hombres que me despreciaron y no admitieron mi convite, ninguno gustará mi cena (2).

En el orden social, los efectos no son menos terribles. Jesucristo los anuncia tambien en su parábola. El Rey irritado, envió sus ejércitos y perdió á aquellos hombres, sembrando entre ellos la confusion, y poniendo fuego á su ciudad (3). Sin unidad de ideas, sin elevacion de miras, sin lazo de union, sin esperanza del cielo, sin Dios, el pueblo que se aleja de la Eucaristía no puede menos de ser víctima de sí mismo. La confusion, el desorden, el fuego de la discordia, el incendio de las revoluciones le aniquilarán y acabarán con él. Dios no abandona jamás su accion sobre el mundo: siempre se deja sentir en él, ó por la accion de su misericordia, ó por la de su justicia. Para esta le basta hacer lo que hizo con los pueblos gentiles, á quienes la sociedad moderna imita en su idolatría. Escuchad á San Pablo: «Por cuanto no dieron pruebas de conocer á Dios, los entregó á su réprobo sentido, abandonándolos para que hicieran cosas que no convienen. Llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia y de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidad y de chismes, murmuradores, aborrecidos de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes á sus padres, necios, inmodestos, malévolos, sin fe, sin misericordia. Habiendo conocido la justicia de Dios, no entendieron que los que tales cosas hacen son

(1) Joann. VI, 54.

(2) Luc. XIV, 24.

(3) Matth. XXII, 7.

dignos de muerte, y no solo los que las hacen, sino tambien los que las consienten y toleran á los que las hacen (1).» Decidme, Señores, ¿describe San Pablo el estado de Roma pagana, ó traza el cuadro de la sociedad moderna? Las mismas causas producen iguales efectos. Aquellos hombres, desconociendo á Dios, adoraron la criatura; lo mismo hacen los que se alejan de la Eucaristía. No quieren á Dios, renuncian á Jesucristo, y sin él es preciso que el mundo vuelva al estado que tenia antes de la redencion, y á él precipitadamente camina la sociedad. ¿Quereis detenerla en su carrera de retroceso y salvarla? Ayer lo dije: Volved á Dios, volved á llamar á Jesucristo, cerca está, y dispuesto á escucharos. Vive entre vosotros, en la Eucaristía: uníos á él, alimentaos de él, y vivireis de su vida, y se obrará de nuevo la restauracion de todas las cosas, objeto sublime de su venida al mundo y de su permanencia en ese Sacramento.

Hemos examinado la primera causa que impide el que produzca en la tierra sus frutos de virtud ese árbol divino de la vida: el alejamiento de él en que vive la mayor parte de los hombres. Estudiemos la segunda: entre muchos de los que se acercan á él no produce sus frutos, por el abuso que hacen de la Sagrada Eucaristía.

SEGUNDA PARTE.

Muy lejos de mí, amados míos, condenar el uso frecuente de ese manjar del cielo. Yo quisiera, como Jesucristo y su santa Iglesia desean, que todos los fieles per-

(1) Rom. I, 28 ad 32.

severasen unánimes, como los primeros cristianos, en la fraccion del pan (1). Yo quisiera que todos comieran todos los dias ese pan de cada día, haciéndose dignos de él, como dice San Ambrosio (2). Lejos de mí tambien el querer excluir de la mesa Eucarística á ninguna clase de cristianos verdaderos. Jesucristo en la parábola de las bodas, quiere que entren los pobres, los débiles, los ciegos y los cojos; porque es el Dios de todos, y á todos quiere darse (3). Y en verdad que de todas las clases, y con más ó menos frecuencia, vemos acercarse hombres á la sagrada mesa. Todos ellos comen ese pan de vida, todos ellos reciben ese misterio de fe, ese alimento de la caridad, ese estímulo de la humildad.

¿Cómo es, pues, que en muchos no vemos ni la viveza de la fe, ni la práctica de la humildad, ni el sacrificio de la caridad, ni la vida de Jesucristo? Es, Señores, que no todos se llegan á la sagrada Mesa con las disposiciones necesarias. Recordad la palabra de San Agustin: «El que te ha criado sin ti, no te salvará sin ti (4).» No es defecto del fuego si no prende en el tronco verde ó saturado de agua. Escuchad lo que dice el Evangelio: «Entró el Rey en la sala del convite, y vió á uno que no llevaba vestido de boda, y le dijo: amigo, ¿cómo te has atrevido á entrar sin vestido nupcial? Y aquel hombre

(1) Optaret quidem Sancta Synodus, ut in singulis Missis fideles adstantes, non solum spirituali affectu, sed Sacramentali etiam Eucharistiae perceptione communicarent. (Conc. Trid., Sess. 22, cap. 6.)

(2) Si quotidianus est panis, ¿cur post annum illum sumis? Accipe quotidie, quod quotidie tibi prosit. Sic vive, ut quotidie merearis accipere. Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere. (S. Ambr., de Sacram. lib. 6.)

(3) Luc. XIV, 21.

(4) Qui nos creavit sine nobis, non nos justificat sine nobis. (S. Aug., Serm. de Verb. Apost. 15, cap. 11.)